



J. J. LOPEZ IBOR

Actas Luso-Españolas de Neurología, Psiquiatría y Ciencias Afines, 3, 3-1179 (1981)

EL SENTIDO COMÚN

Por el profesor

J. J. López Ibor

Los progresos en la ciencia del lenguaje han confirmado la intuición y algunos hallazgos anteriores sobre un hecho muy simple que consiste en que el sistema del lenguaje no es consciente y ni siquiera coherente. Se trata de un programa en ciertos registros con el que el lenguaje no es el pensamiento mismo, o sea, que el lenguaje es un sistema completo de informaciones en el que se resuelve en totalidades y las certezas de una manera difícil o prácticamente imposible.

En Neurología, la expresión del espacio corporal difiere y mejora por introducida por Huxley. La significación de espacio en inglés puede ser comparada o puede ser creada como equivalente en español o en el sentido de borrador o proyecta en el conocido diccionario francés de Littré, esquema significa una figura, que ofrece una representación simplificada y funcional; es decir, como una abstracción de ciertas particularidades de formas determinadas. Probablemente influye en su definición la idea de Kant de buscar en las representaciones mentales cuando se descubren los rasgos esenciales de un objeto o de un proceso. Así, se llega a elegir la expresión del esquema corporal como una imagen que nos hemos hecho de nuestro cuerpo en estado estático o dinámico en sus relaciones con el mundo que nos rodea. Esta expresión de «dinámico» en sus relaciones con los objetos que nos rodean introduce el aspecto fenoménico del mundo del hombre en la definición; es decir, el esquema corporal no se limita a una representación simplificada de la corporeidad, sino que trata de abarcarla en sus relaciones con el mundo, con sus aspectos sensorial y motor.

Los alemanes disponen de dos palabras que permiten una mayor claridad en el análisis de los puntos de vista de la corporeidad: el uso de dos palabras en español como cuerpo y corporeidad. En segundo lugar se trata de reducir la percepción fenoménica del cuerpo humano solo a las relaciones que se considere esencial, sino que se incluyen todos los otros aspectos que diferencian la corporeidad del cuerpo y de los otros seres vividos en otro plano muy importante.

Diversas investigaciones experimentales demuestran que el espacio vital en el hombre no tiene un carácter cualitativo. El espacio en aplicación cuando se comienza la aparición de movimiento en la espacialidad en determinadas situaciones, se convierte en situación límite y, sobre todo, si el límite es doloroso o productor de ansiedad. En, por casualidad, se pincha una mano o se pincha con una aguja, la imagen que se hace al que ha sufrido el pinchazo es la de la aguja y no la del pinchazo; es decir, el pinchazo conduce, en el espacio exteroceptivo, a reconocer la presencia de un objeto delante del cuerpo que es la aguja. La espacialidad del mundo que nos rodea la notamos siempre en sus propios caracteres en el espacio vital.

El espacio vital en el hombre no tiene un carácter cualitativo. El espacio en aplicación cuando se comienza la aparición de movimiento en la espacialidad en determinadas situaciones, se convierte en situación límite y, sobre todo, si el límite es doloroso o productor de ansiedad. En, por casualidad, se pincha una mano o se pincha con una aguja, la imagen que se hace al que ha sufrido el pinchazo es la de la aguja y no la del pinchazo; es decir, el pinchazo conduce, en el espacio exteroceptivo, a reconocer la presencia de un objeto delante del cuerpo que es la aguja. La espacialidad del mundo que nos rodea la notamos siempre en sus propios caracteres en el espacio vital.

Publicado en

ACTAS LUSO-ESPAÑOLAS DE NEUROLOGIA, PSIQUIATRIA Y CIENCIAS AFINES

Volumen IX. Mayo-junio 1981. Número 3.

Depósito legal: M. Sep. 851.—1958.

Gráficas Orbe, S. L., Padilla, 82, Madrid.—1981.

Ayuntamiento de Madrid

EL SENTIDO COMUN

Por el profesor

J. J. López Ibor

Los progresos en la ciencia del lenguaje han confirmado la intuición y algunos hallazgos anteriores sobre un hecho muy simple que consiste en que el sistema del lenguaje no es consecuente y ni siquiera coherente. Se trata de un programa en distintos registros con deficiencias y redundancias. La palabra no es el pensamiento. La expresión del pensamiento mediante el lenguaje no es el pensamiento mismo, o sea, que el lenguaje es un sistema completo de informaciones en el que se mezclan las necesidades y las casualidades de una manera difícil o prácticamente inseparable.

En Neurología, la expresión del esquema corporal (*Body image*) fue introducida por HEAD. La significación de esquema en inglés puede ser comparada o puede ser citada como equivalente en español o en el sentido de borrador o proyecto en el conocido diccionario francés de Littré, esquema significa una figura, que ofrece una representación simplificada y funcional; es decir, como una abstracción de ciertas particularidades de formas determinadas. Probablemente influye en su definición la idea de KANT de buscar en las representaciones mentales cuando se descubren los rasgos esenciales de un objeto o de un proceso. Así, se llega a elegir la expresión del esquema corporal como una imagen que nos hemos hecho de nuestro cuerpo en estado estático o dinámico en sus relaciones con el mundo que nos rodea. Esta expresión de «dinámica en sus relaciones con los objetos que nos rodean» introduce el aspecto fenoménico del mundo del hombre en la definición; es decir, el esquema corporal no se limita a una muestra de una estruc-

tura simplificada de la corporabilidad, sino que trata de abarcarla en sus relaciones con el mundo, con sus aspectos sensorial y motor.

Los alemanes disponen de dos palabras que permiten una mayor claridad en el análisis fenomenológico de estos dos puntos: «Körper» y «Leib». Precisamente este desdoblamiento expresivo es el que hemos querido señalar en el uso de dos palabras en español como cuerpo y corporalidad. En segundo lugar no se trata de reducir la percepción fenoménica del cuerpo humano sólo a un esquema aunque se considere esencial, sino que se incluyen todos los otros aspectos que diferencian la corporalidad del cuerpo y de los cuales hemos hablado en otra parte muy ampliamente*.

Diversas investigaciones experimentales demuestran que el espacio visual en el hombre no tiene un carácter euclidiano. Es diferente su apreciación cuando se contempla la aparición de movimiento en la espacialidad, en determinadas situaciones, se convierte en situación límite y, sobre todo, si el límite es doloroso o productor de malestar. Si, por casualidad, se pincha uno mismo o le pinchan con una aguja, la imagen que acude al que ha sufrido el pinchazo es la de la aguja y no la del pinchazo; es decir, el pinchazo conduce, en el espacio exteroceptivo, a reconocer la presencia de un objeto distinto del cuerpo que es la aguja. La espacialidad del mundo que nos rodea la notamos clarísima en sus propios caracteres en el

* Vid. *El cuerpo y la corporalidad*. J. J. López Ibor y J. J. López-Ibor Aliño, Ed. Gredos. Madrid, 1976.

estado de bienestar. En clínica, tanto en alteraciones neurológicas como en psicóticas, se perciben ya huellas en nuestra propia espacialidad. La corporalidad está unida, indisolublemente también, a la temporalidad, de tal manera que una persona sana no se siente extraviada en el mundo ni aun habiendo en un mundo vacío.

Vivimos, pues, en un mundo que nos rodea, pero que está impregnado por el mismo modo en que originariamente lo conocemos mediante la corporalidad, y así, aunque a veces hablamos de derecha o izquierda, por ejemplo, siempre nos referimos a nuestra izquierda y a nuestra derecha, a lo que está lejos y a lo que está cerca de uno mismo, etc. También las expresiones de encerrarse en sí mismo o de señalar y distinguir el espacio exterior tienen la misma característica. Lo importante de ésta y otras muchas experiencias consiste en reconocer que la vivencia de nuestra propia corporalidad está en el límite del campo de nuestra conciencia, en cuanto tiene relación con el mundo, porque pertenece a los hechos y experiencias cuya existencia se afirma por sí misma y para poderlas conocer mejor es necesario volverlas a traer al propio cuerpo o al centro de la conciencia.

En algunos casos neurológicos parece como si su limitación consistiese en una coraza o armadura del cuerpo, empleando una expresión muy parecida a la de *Reich*. La limitación de la posibilidad de acción es la que produce este efecto. Todas estas observaciones plantean el viejo problema del *Sensorium commune* en el que todas las experiencias de nuestro cuerpo vivo se ligan en lo que se suele llamar ahora un «modo intermodal» de las mismas, en cual los aspectos motores se mezclan con los sensitivos en una serie de sustituciones, equivalentes y sumaciones muy dignas de ser analizadas en clínica, pero que aquí no podemos hacer por no complicar la exposición de los puntos esenciales. Naturalmente que algunos auto-

res han racionalizado demasiado tal expresión, incluso queriendo demostrar que este proceso de racionalización se basa en la experiencia. Así, *GOLDSTEIN* y *ROSENTHAL* pretendían que el color azul y el morado exigen un determinado modo de moverse de carácter deslizante y, en cambio, el amarillo y el rojo provocan movimientos abruptos. *MERLEAU-PONTI* no aceptaba que una determinada longitud de onda e intensidad de color que lo caracterice pudiera tener una acción tan manifiesta sobre la corporalidad.

En cambio, sí parece claro que, por ejemplo, las alucinaciones visuales tienen una estructura diferente de las auditivas, de tal manera que en el diagnóstico actual de la esquizofrenia, por ejemplo, las primeras han perdido valor total o casi totalmente y, en cambio, las últimas lo han alcanzado extraordinariamente, probablemente porque parece que su presencia es más significativa de la alteración de la personalidad que las otras. El mismo hecho de que los sueños sean, por regla general, de carácter visual confirma este punto.

En el individuo sano las suplencias entre sensaciones y movimientos son cotidianas y el acto vital mismo consiste en esa liberación y conjunción posible por el carácter que tienen de ser sistemas intermodales de la sensibilidad y de la motilidad, según pueda demostrarse más fácilmente en investigaciones experimentales del vértigo humano, como, por ejemplo, las que se pueden realizar en la llamada «caza de las brujas».

La resurrección del «sentido común» vista desde este ángulo, sin dejar de tener en cuenta que así se crean las nociones más elementales y que han pasado al lenguaje corriente tales como la expresión de «obrar con sentido común», como un conocimiento más penetrante y fino de la realidad de la conducta humana propia y extraña, confirma esta nueva perspectiva.

JUAN JOSÉ LÓPEZ-IBOR

